

ECUADOR

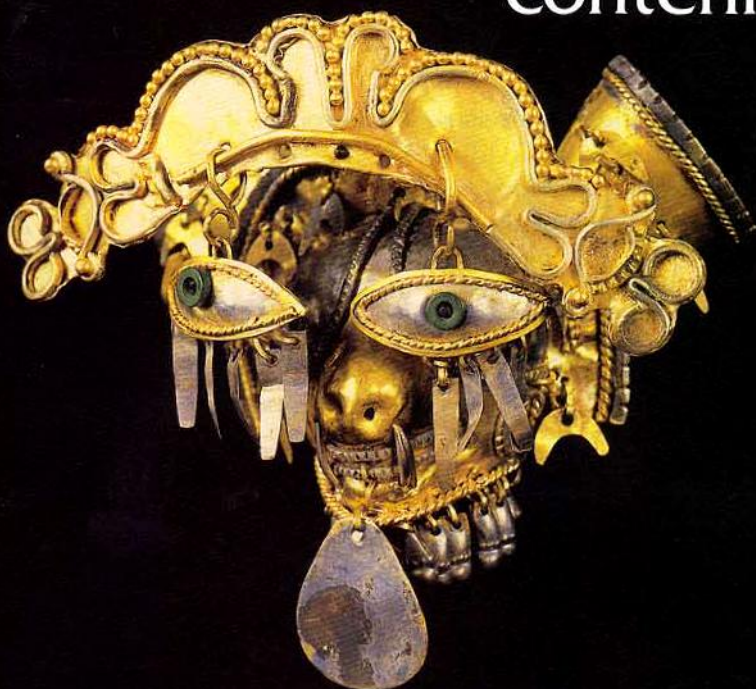
# terra incognita

LA GRAN SALA  
DE CONCIERTOS



No. 21 • enero 2003 • US\$ 1,50





12

## Destino final: La Tolita 12

Los restos arqueológicos hablan acerca de la vida de los habitantes de La Tolita. Acompañando a **María Clara Montaña**, aprenderemos sobre esta cultura precolombina.

## Guaranda y su Carnaval de agua 20

**Melissa Moreano** nos empapa de la alegría guarandea del Carnaval y nos invita a festejarlo en distintos pueblos de la provincia de Bolívar.

## La gran sala de conciertos 26

Los grillos y saltamontes son los violinistas de la orquesta tropical. **Frank Nischk** nos enseña las técnicas que utilizan los zoólogos para estudiar a estos pequeños músicos.

## Ecuador en bicicleta III 32

Junto a **Diego Tirira** emprendemos el retorno a la Capital después de atravesar la región oriental. La aventura concluye dejando en la memoria imágenes y recuerdos incomparables.

## La verdadera historia de Cantuña 40

La leyenda de Cantuña y la construcción de San Francisco es conocida por todos. **Jorge J. Anhalzer** nos relata la historia escondida tras el mito.

## Notas 6

## Allimicuna 45

## Nuestra fauna 47

## Notas bibliográficas 48

## ¿Qué lugar es éste? 50

## Humor verde 51



# ECUADOR

## en bicicleta III

### Por la región oriental, de regreso a casa

Texto y fotos por Diego Tirira

**L**unes 19 de marzo. Hoy inicié una nueva etapa en mi vuelta al Ecuador: la travesía por las provincias amazónicas. Todavía tengo de por medio algo más de mil kilómetros antes de llegar a casa.

El trayecto hasta Zamora seduce a cualquier amante de la naturaleza: numerosos saltos de agua y pequeñas cascadas que se escurren por las paredes llenas de vegetación mientras se descende hasta la ciudad oriental. Mi escala en la tranquila Zamora duró el tiempo suficiente para dar un breve paseo, recuperar algo de fuerzas y saborear un exquisito tamal de pollo a 50 centavos. Treinta minutos más tarde reanudé mi viaje. Pienso que los 60 km que recorrí desde Loja hasta esta ciudad serán los últimos en mucho tiempo que transite por una vía asfaltada. Desde aquí el camino es lastrado, bastante pedregoso y polvoriento. El recorrido se vuelve lento, exigente y algo peligroso a causa del mal estado de la vía.

Unos 15 km más adelante llegué a Cumbatarza, un pequeño y pintoresco poblado que gira en torno a su parque central. Al sondear por un lugar para la respectiva posada del día, me enteré que a la salida del pueblo, a menos de dos kilómetros, existía una fábrica de vinos de sabo-

res, así que tenía un doble motivo para dirigirme hasta allá. No fue difícil encontrar mi objetivo. Un rótulo al borde del camino me indicó que estaba en el lugar correcto, decía: "Rancho Alegre, fabricamos vinos desde 1950".

Efectivamente, tenían vinos de sabores. Por ahora disponían de papaya, mora y membrillo. Haciendo las funciones de un catador profesional, solicité a la dueña una muestra de cada uno de ellos. Todos exquisitos. Compré una botella de vino de papaya. Luego inicié un ameno diálogo con su propietaria, contándole de mi viaje y algunas de mis anécdotas. En el momento que creí oportuno le pregunté por un espacio para pasar la noche. Me respondió: "Mi marido no se encuentra, él ha de venir más tarde, vaya a enojarse conmigo por recibirle sin su consentimiento". Seguimos conversando. Cuando la noche había caído y su esposo todavía no llegaba, la mujer dijo: "Bueno, aunque mi marido se enoje, igual ya le voy a acomodar en un cuartito que tengo atrás". Luego fui invitado a una succulenta merienda. Esperé hasta casi las 21h00 por si llegaba su esposo, para evitar algún posible problema a mi amable anfitriona, pero como éste no venía, me retiré a la habitación que me proporcionó, donde me encuentro

**Derecha:** Iglesia de Archidona, en la provincia del Napo. La mayoría de ciudades y pueblos del centro y sur del Oriente ecuatoriano son antiguos y organizados: en ellos la vida gira alrededor del parque central. Al norte, en cambio, en la zona petrolera, el desarrollo se ha dado a lo largo de la vía principal y del oleoducto.







escribiendo mi diario, en compañía de mi vino de papaya. He tomado media botella y ya me siento algo mareado. La lluvia intensa que empezó hace unos treinta minutos no ha parado. Creo que durará toda la noche.

**Martes 20 de marzo.** Antes de las 8h00 estaba listo para reanudar mi viaje. Fui a despedirme de mi anfitriona y a preguntarle por su esposo. “Anoche llegó bien tarde y ya se fue otra vez”, me respondió, y continuó hablando:

“Como es el alcalde de Zamora tiene mucho trabajo”. Vaya sorpresa, había pedido posada y dormido nada menos que en casa del alcalde de la capital de la provincia.

La vida en esta parte del país debe haber cambiado muy poco con el paso del tiempo. Pueblos antiguos, algunos de ellos fundados en la época colonial, que tienen cierta organización y están rodeados de exuberante vegetación. No es nada nueva la abundancia de ríos en la zona, pero lo que sí me llama la atención es





que algunos de ellos son navegables, a pesar de encontrarse a unos mil metros sobre el nivel del mar, algo imposible de hallar en cualquier otra parte del país. A mi derecha tengo la cordillera del Cóndor, la que creo me acompañará por los próximos tres o cuatro días.

Antes de las 18h00 llegué a un pequeño caserío llamado la "Ye de El Guisme", habitado por indígenas shuar. No había escuela, apenas unas cuatro casas y un dispensario médico. Pregunté a un lugareño por una posada, pero su esposa rápidamente ingresó al diálogo y tomó el control sobre su marido. De muy mala gana me interrogó: "¿Para qué andas viajando?, ¿cómo así?, ¿de dónde eres?, ¿cuáles son tus intenciones?", todo esto pronunciado en un español que evidentemente no era su lengua materna. Su marido se alejó y se dedicó a recoger algo de café que estaba secándose en el piso. De pronto la mujer dijo: "Mentira ha de ser todo lo que vos dices. Para mí que vos vienes a cortarnos la cabeza. Eres igualito a esos que dicen que andan sacando las cabezas de las gentes. Estás vestido así mismo como nos cuentan". La conversación, si ese nombre podía darse a nuestro encuentro, se volvía cada vez más difícil, por lo que resolví alejarme. Fui al dispensario médico en busca del esperado lugar para dormir. Un niño de unos ocho años me dijo que el guardia estaba por llegar. Decidí esperarlo. Llegó a eso de las 18h30, pero no vino solo, estaba acompañado por unos cuatro o cinco hombres, todos shuar. Ni siquiera me dieron tiempo para que los saludé, pues me pidieron que me vaya. Seguramente la mujer con la que conversé en un primer momento había hablado con ellos. Pensé que lo mejor era abandonar el lugar. Cuando intentaba marcharme del pequeño caserío, aparecieron de pronto más de una veintena de personas. Unos gritaban: "¡Agárrenle!", "¡No dejen que se escape!", "¡Reúnan a la comunidad!". Otras mujeres alzaban los brazos al cielo exclamando: "¡Gracias diosito que le agarramos!", "¡Nos salvamos!", "¡Le atrapamos!", "¡Hagamos justicia!", "¡Este es el que corta cabezas!". Yo apenas podía comprender lo que pasaba. La oscuridad de la noche había llegado. En los breves instantes de este incidente podía imaginar una gran hoguera donde se quemaba al brujo en los tiempos de la inquisición. No existía posibilidad de diálogo o de razón. La situación se había vuelto peligrosa. Dos mujeres sujetaron mi bicicleta para impedir que escape hasta que lleguen más personas. Los segundos y las acciones rápidas eran valiosos. Casi por instinto recordé aquella frase: "Es mejor que digan

aquí corrió, que aquí murió", así que sin pensarlo grité a las dos mujeres que me detenían: "¡Suéltlenme!", acto seguido impulsé mi bicicleta y emprendí rápida huida por el mismo camino que me había traído. Mientras escapaba pude escuchar la caída de algunas piedras y algunos gritos más.

Regresé en total oscuridad, pues las pilas de mi linterna frontal se habían terminado la noche anterior; todavía confundido, algo nervioso por los hechos y habiendo recorrido menos de cinco kilómetros, distinguí en la penumbra un pequeño rótulo a la vera del camino que no había notado unas dos horas antes. La débil luz de un solitario poste me permitió distinguir lo que decía: "Escuela República de Israel". A pocos metros de la entrada estaba su profesor, un joven lojano que vivía con su esposa y hacía las veces de cuidador. Fueron suficientes unas pocas palabras para que me acomodara en una de las dos aulas que tenía la escuela. Le expliqué lo acontecido con los shuar, me invitó a un contundente plato de arroz con menestra de fréjol y dos huevos y me permitió tomar una ducha en agua fría. Ahora, cuando es algo más de las 21h00, un poco más tranquilo, con algo de ironía pienso cómo la vida da vueltas: antaño, los shuar eran temidos por su costumbre de cortar las cabezas de sus enemigos para reducirlos al tamaño de un puño en la ceremonia de la *tzantza*; ahora, a inicios del siglo XXI, sienten miedo de que un forastero pueda hacerles algo parecido.

**Miércoles 21 de marzo.** Para continuar con mi viaje tenía que regresar a la "Ye de El Guisme", pues era la única posibilidad; la alternativa de volver a Loja era impensable. El problema era cómo cruzar por este poblado shuar sin llamar la atención y sin exponerme a un nuevo incidente. Decidí por primera y única vez en mi viaje subir a un vehículo; esperé por la ranchera de la mañana, para bajarme unos 10 km más adelante, en Chuchumbeza, un caserío en el límite entre las provincias de Zamora Chinchipe y Morona Santiago.

Hasta Gualaquiza el trayecto es bastante plano y, aunque lastrado, está relativamente bien cuidado. Desde ahí la vía se vuelve difícil, llena de piedras sueltas, con dos exigentes cuestas y algo de llovizna. El camino está en tan malas condiciones y es muy poco transitado, menos de una decena de vehículos en más de 50 km, que en ciertos momentos me preguntaba: ¿no habré salido inconscientemente de la vía principal y me encontraré en una secundaria? En más de una ocasión me detuve a pre-



guntar a algún lugareño si seguía en el camino correcto. En el lado opuesto estaba la riqueza de la vida silvestre de la zona: paredes tapizadas de vegetación, con millares de orquídeas de al menos unas cinco especies diferentes y otras tantas flores coloridas que daban al ambiente una fragancia indescriptible; además, la presencia de cientos de pequeñas y coloridas aves cantoras que inundaban mis oídos con sus melodías. Todo esto con una tenue neblina que permitía distinguir el color de la naturaleza y los perfiles de las montañas en medio de la blancura de la nube que cobijaba los collados.

A eso de las 17h00, cuando estaba ascendiendo la segunda cuesta, me detuve cerca de un hombre de unos 40 años para preguntarle cuánto me faltaba para llegar a San Juan Bosco.

Muy amablemente me dijo que la cuesta terminaba a menos de dos kilómetros y desde ahí tendría menos de 30 minutos hasta el pueblo. Me preguntó si tenía un lugar para pasar la noche. Ante mi respuesta negativa me escribió una nota en mi diario que dice: *"Olmedo Garzón, me hice amigo del portador y pido darle posada. Se trata de un joven que está dando la vuelta al Ecuador. Atte, Joel"*. A mi llegada a San Juan Bosco debería preguntar por el alcalde del pueblo, Olmedo Garzón, quien con gusto me recibiría. Nos despedimos y continué mi camino.

Una vez terminada la cuesta, crucé el divisorio de aguas e inicié un lento descenso de unos 12 km. La neblina se empezó a disipar y aparecieron unos tenues rayos de sol. De pronto tenía frente a mí una montaña imponente,





majestuosa... inesperada. A medida que se retiraba la neblina, podía ver cada vez más a este desconocido coloso que se levantaba, lleno de vegetación hasta su cumbre y unas cuantas cascadas que rasgaban sus verticales paredes de roca. Se trataba del cerro Pan de Azúcar. Entre la montaña y la carretera se formaba un gran valle, con el río San Juan Bosco y el poblado homónimo en el fondo.

**Lunes 26 de marzo.** Al mediodía de ayer dejé la bella ciudad de Macas. Mientras viajaba en mi bicicleta, me percaté que había entrado en territorio shuar. Eran pequeñas comunidades contiguas, una cerca de la otra, con sus casas de forma ovalada a nivel del piso, de paredes de madera de chonta y techos de hoja de palma. El



día empezaba a agotar su luz y comprendía que era inevitable que pase la noche dentro de su territorio. Luego de los incidentes en la “Ye de El Guime”, tenía temor de volver a solicitar posada a gente de esta etnia, pero no había otra opción. Cerca de las 18h00 me detuve en el caserío denominado “San Juan”, donde sentí la misma hostilidad de la semana anterior. Al poco rato se inició un extenso diálogo de más de dos horas con su jefe y algunos otros miembros de la comunidad, alumbrados por un par de débiles mecheros de diesel. En la reunión tuve que exponer todos los argumentos posibles para que resulte convincente, enseñar mi equipaje como si se tratara de un control migratorio y demostrar que no tenía nada que pudiera causar daño. Finalmente fui recibido, aunque con el descontento de las mujeres que se negaban a albergarme por la misma razón anterior: “Era el cortador de cabezas”.

En la mañana de hoy, tan pronto amaneció, salí nuevamente a la carretera. Después de la mala noche en la que dormí muy poco a causa de la curiosa situación en que me encontraba, lo único que deseaba era abandonar el territorio shuar cuanto antes. Pasadas las 15h00 llegué al Centro Experimental Fátima, administrado por mi amigo y colega Medardo Tapia, lugar de crianza y manejo de algunas especies de animales silvestres, ubicado a pocos kilómetros al norte de la ciudad de Puyo.

**Domingo 1 de abril.** Después de cinco días de duros caminos llegué a Lago Agrio. Hoy por la mañana, antes de dejar esta próspera y controvertida ciudad, decidí saborear el que quizá es el plato típico de la zona: “el desayuno petrolero”, que no es más que la unión, o mejor dicho la adición de un churrasco abundante a un desayuno continental. Hecho esto, cuando todavía no eran las 9h00 emprendí camino, el largo ascenso de la cordillera de los Andes estaba empezando.

Con excepción de los primeros 20 km de vía asfaltada de primer orden, los restantes 77 fueron por los ya consabidos caminos amazónicos, pero distinto de los anteriores, en éste el tránsito vehicular era intenso, tanto en número de vehículos como en la velocidad a la que circulaban y en el tamaño de los mismos, lo que hizo incómodo el viaje en bicicleta, especialmente por la gran cantidad de polvo que levantaban.

**Izquierda:** La neblina se desvanecía, de repente el imponente Pan de Azúcar dejaba que lo admire. **Página siguiente:** Llegué a Quito, después de 60 días de pedaleo había concluido la aventura. ¡Lo había logrado!







A diferencia de la mayoría de poblaciones que crucé en la región suroriental del país, entre Zamora y Archidona, que se caracterizan por su antigüedad, su buena organización y la presencia de un parque central como motor político, comercial y religioso del lugar; en la zona petrolera, básicamente en las provincias de Orellana y Sucumbíos, las cosas cambian dramáticamente: pueblos de reciente creación, caóticos, intimidantes y cuyo desarrollo se da longitudinalmente, a lo largo de la vía principal, y, en muchos casos, con el oleoducto como ente decorativo.

Después de una exigente marcha de casi 100 km, llegué algo pasadas las 19h00 a El Reventador. Me dirigí al control policial en busca de un lugar para dormir. El pequeño destacamento tenía únicamente dos policías que arrendaban una pequeña habitación que hacía las veces de centro de operaciones y dormitorio. El cabo Almeida me dijo: "No hay espacio amigo, pero espéreme en el restaurante de doña Rosita, ése del rótulo luminoso, que ya le busco un lugar".

Mientras esperaba en "El Ambateño", pedí una merienda a su propietaria y empezamos a conversar. Cuando le conté que necesitaba una posada para esa noche, por iniciativa propia llamó a su esposo y le dijo: "Oyes Manuel, anda donde el Pedrito y pedile que le dé un espacio al joven".

Así fue que mientras saboreaba una rica sopa de menudencias con cabeza de pollo incluida, tenía a dos amables personas buscándome un lugar para dormir. Casi simultáneamente llegaron el policía y el esposo de doña Rosa, por lo que tuve que escoger entre uno de los dos.

**Miércoles 4 de abril.** Estoy a pocos kilómetros de coronar el paso de la Virgen, que con sus 4 060 metros sobre el nivel del mar es el punto más alto que alcanzaré en mi travesía. La noche de ayer la pasé en Cuyuja, en casa de don José Quinatoa, un cuidador de ganado. La amabilidad y cortesía de mi anfitrión se vio opacada con la agresividad y el apetito de una media docena de pulgas que hicieron de las suyas durante toda la noche.

Antes de las 14h00 estaba en Papallacta, mi escala para el día de hoy. Después de una sabrosa trucha en salsa de maní, vendría el mejor premio que podía darme luego de 57 días de viaje: sumergirme por unas largas cinco horas en las cálidas aguas sulfurosas del lugar.

**Sábado 7 de abril.** Como si no fuera suficiente el centenar de comidas y bebidas típicas que degusté en mi vuelta al Ecuador, al llegar a Pifo tuve un intenso antojo que me hizo cambiar de ruta: no podía regresar a Quito sin saborear los exquisitos bizcochos de Cayambe embadurnados en manjar de leche. Fue así como me desvié hacia este cantón, para luego continuar hasta Guayllabamba, mi última escala.

Luego de servirme un succulento loco de queso y una dulce chirimoya que casi se desvanecía en mis manos, dejé Guayllabamba. Abandoné el poblado antes del mediodía con una ligera llovizna. El último trayecto en mi viaje había entrado en su recta final.

Me tomó algo más de tres horas ascender hasta Calderón. De pronto, un gran rótulo colocado a todo lo ancho de la vía Panamericana me hizo detener y casi espontáneamente empezaron algunas lágrimas a recorrer mis mejillas; aunque trataba de controlarme, era más fuerte la emoción que sentía. Lágrimas cristalinas caían sobre mi pecho, al igual que tantas gotas de sudor que habían rodado previamente en mi largo recorrido, para luego alcanzar mis desnudas piernas y caer exhaustas en el asfalto. El rótulo decía: "Bienvenidos a Quito". ¡Había dado la vuelta al Ecuador en bicicleta! Regresaba a casa sano y salvo.

Antes de iniciar mi aventura, y durante ella, muchas fueron las personas que me calificaron de loco, ¡y hasta de suicida! Pensaban que sería víctima de asaltos, atropellamientos y quién sabe qué más. Sin embargo, contra todo pronóstico terminaba mi gira tan completo como la había iniciado, pero con seis kilos menos de peso.

Decidí concluir mi vuelta al Ecuador en el Centro Histórico de Quito, frente al Palacio de Gobierno, junto al balcón donde 125 años antes cayó asesinado Gabriel García Moreno. Cuando me encontraba a unas pocas cuadras de la Plaza de la Independencia, me detuvo la luz roja de un semáforo. Mientras esperaba el cambio a verde, un anciano se acercó y lleno de curiosidad preguntó: "¿Está viajando en bicicleta?, ¿desde dónde salió?". Le respondí que desde aquí mismo, desde Quito. "¡Ah!, ¿y a dónde va?", continuó. Le contesté que aquí mismo me quedaba. Antes de que pueda explicar algo más, me miró con asombro y me interrumpió: "Guambra pendejo, para no más de salir a dar una vuelta por Quito sale con tantas maletas", y se marchó... 🍌